

sufría en la cruz, entonces yo tengo que pensar seriamente acerca del perdón en mi propia vida”. Y añadió: “Con la gracia de Dios, tenemos la habilidad de sanar”.

Kirk Bloodworth

Kirk Bloodworth, un marino retirado oriundo de Maryland, fue erróneamente convicto de asalto sexual, violación y asesinato en primer grado, y sentenciado a muerte en 1985. La sentencia fue apelada un año más tarde sobre la base de que se ocultó evidencia durante las audiencias, y Kirk recibió un nuevo juicio. Sin embargo, otra vez fue encontrado culpable y sentenciado a cumplir dos términos consecutivos de cadena perpetua.

En junio de 1993, el caso de Kirk se convirtió en la primera sentencia de pena capital anulada en Estados Unidos como resultado de una prueba de ADN. Al momento de su excarcelación, Kirk había cumplido casi nueve años en prisión, incluyendo dos en el pabellón de la muerte, por un crimen que no cometió.

“En ese tiempo”, dice Kirk, “mi vida me había sido arrancada y destruida. La Iglesia Católica me proporcionó apoyo esencial en mi momento de necesidad, y me hice católico en 1989, mientras estaba en prisión. Soy una persona profundamente espiritual y continuaré abrazado a la Iglesia. Sus valores me guiaron mientras recorría el país contando mi historia”.

Aunque Kirk era un marino retirado “sin récord criminal alguno y quien no se encontraba ni cerca de la escena del crimen” fue de todos modos convicto y

sentenciado a muerte por un crimen que no cometió. Si le ocurrió a alguien como él, razonó, podría ocurrirle a otros. Y así es. Desde 1973, más de 120 personas han sido liberadas estando ya en el pabellón de la muerte, después de haber sido exoneradas de cargos.

En la actualidad, Kirk es un funcionario de programa del Proyecto de Campaña por la Reforma de la Justicia Penal y del Fondo de Educación Criminal por la Reforma de la Justicia Penal.

Lo impactante de estos relatos es ver cómo Dios sostiene a las personas en medio de algunas de las más terribles y desesperanzadoras situaciones que la vida puede presentar. Si estos hombres y mujeres pueden superar el odio humano y pueden traer al mundo un evangelio de misericordia y amor, ¿cómo podemos nosotros reclamar el derecho a exigir la muerte de un asesino para “honrar a la víctima” u “obtener justicia” para la familia de una víctima? Hacer eso es una deshonra para la vida de todos aquellos afectados, haciéndonos cómplices de perpetuar la violencia en vez de ponerle fin.

Andrew Rivas es director ejecutivo de la Conferencia Católica de Texas

Traducción: Marina A. Herrera, Ph.D.



Secretariat for Pro-Life Activities

United States Conference of Catholic Bishops
3211 Fourth Street, N.E. • Washington, DC 20017-1194
Tel: (202) 541-3070 • Fax: (202) 541-3054
Website: www.usccb.org/prolife



Víctimas abogan contra la pena de muerte

REDIMIDOS

VALIOSÍSIMOS

Respetemos la Vida

Perder un miembro de la familia asesinado es una tragedia de proporciones inimaginables. Los efectos sobre la familia y la comunidad van más allá del impacto inicial, la sensación de pérdida y el trauma. Una común suposición en este país es que las familias que han sufrido esta clase de pérdida respaldan la pena de muerte. Esta suposición, por supuesto es incorrecta. Muchos familiares de víctimas han argumentado apasionadamente contra la pena de muerte para quienes asesinaron a sus seres queridos. Veremos cómo cuatro personas afectadas trágicamente por asesinatos y crímenes, inesperadamente se convirtieron en partidarias públicas contra el uso de la pena de muerte.

Vicki Schieber

La hija de Vicki, Shannon, tenía 23 años de edad en 1998, cuando fue asesinada por un violador en serie en Philadelphia. En 2002 Troy Graves se declaró culpable de asaltar, violar y asesinar a Shannon, así como de otros trece asaltos sexuales.

Los Schieber criaron a sus hijos opuestos al asesinato de cualquiera, incluso de asesinos convictos, si estos podían ser confinados de por vida sin derecho a libertad condicional para impedir que fueran un peligro para la sociedad.

No se debe deducir basado en su oposición a la pena de muerte que Vicki no quería que el asesino de Shannon fuera atrapado, llevado a juicio y sacado de circulación por el resto de su vida. “Creemos que él está hoy donde debe

estar, cumpliendo su sentencia de prisión, y nosotros estamos tranquilos con la seguridad de que jamás podrá perpetrar otra vez esta clase de crimen contra ninguna otra joven. Pero si se mata a este hombre nosotros no recuperaríamos a nuestra hija. Y teníamos claro que matarlo habría dependido, en parte, de nuestra complicidad”.

Actualmente, Vicki forma parte del consejo de directores de Familias de Víctimas de Asesinato pro Derechos Humanos (MVFHR), una organización nacional sin fines de lucro formada por personas que han perdido algún familiar por asesinato o ejecución judicial.

David Kaczynski y Gary Wright David Kaczynski es el hermano de Ted Kaczynski, “el Unabomber”, el hombre con problemas mentales cuya campaña antitecnológica de bombas durante más de 17 años dejó como resultado tres muertos y 23 heridos. Cuando los periódicos publicaron el “manifiesto” del Unabomber, David y su esposa Linda notaron semejanzas con las ideas de Ted. David se enfrentó a un dilema casi inimaginable: entregar a su hermano a sabiendas de que podría ser ejecutado, o no hacer nada a sabiendas de que más personas inocentes podrían convertirse en víctimas. David escogió el camino de la vida y dio pasos para detener la violencia.

Pese a una promesa hecha a David y la historia de padecimientos mentales de Ted, los fiscales federales pidieron la

pena de muerte. Fue sólo por el trabajo de abogados altamente calificados –un recurso pocas veces disponible para quienes enfrentan la pena capital– que Ted Kaczynski se declaró culpable y actualmente está cumpliendo una sentencia de cadena perpetua en una penitenciaría federal en Colorado.

Gary Wright fue una de las víctimas del Unabomber. Era propietario de una tienda de computadoras en Salt Lake City, y en 1987 se le ocurrió recoger un pedazo de madera detrás de su tienda. Resultó que había allí una bomba colocada por Ted Kaczynski. Fue un milagro que Gary no muriera, pero tuvo que sufrir tres años de cirugía, y un lento y doloroso proceso de reconstrucción de su cuerpo, contemplando lo que le había sucedido. Tanto David como Gary reflexionaron sobre la pena de muerte en formas intensamente personales, y ambos quedaron convencidos de que nuestra sociedad puede vivir sin usar la pena de muerte.

Cinco años después David se convirtió en director ejecutivo de Neoyorquinos Contra la Pena de Muerte, un grupo encabezado por el obispo de Albany, monseñor Howard Hubbard. Gary se ha convertido en un inesperado soldado en la misma batalla y ha unido sus esfuerzos a los de David.

Gary, un católico practicante, explica: “Mientras Jesús estaba siendo ejecutado perdonó a sus asesinos. Yo pienso, si ese es el ejemplo que Cristo nos dio mientras